1° El viaje

Ares Carri

Capítulo 1

Jelek Neruda, así fui bautizado por mis padres, sí, como Pablo, como el poeta venezolano. Además de su apellido, también comparto su nacionalidad y su pasión por la literatura, y el arte en general.

Luego de pasar 3 años estudiando formación actoral y artes escénicas en Cúcuta, mi retorno a Venezuela iba siendo como un descanso laboral, unas vacaciones. Decidí ir por tierra a pesar de la tardanza, parece que se disfruta más el viaje, ya que en cada parada hay algo nuevo que ver, aunque no sea un recorrido meramente turístico y lo más probable es que te quedes varado en un limbo alrededor de la frontera colombo-venezolana si no vuelves al bus a tiempo, doy fe de que vale la pena el riesgo de llegar desnalgado al destino final con todo lo nuevo que hay para observar en semejante recorrido, como toda aventura.

Y como en cualquier travesía de ese nivel, no se disfrutaría del todo si se estuviese solo, por lo que en aquella ocasión me encontraba acompañado de un par que cada vez le daban más color a mi existencia, o por lo menos a mi punto de vista de la misma, y le devolvían todo el sentido a mi vida cuando se volvía tediosa, como cuando ya íbamos atravesando Barinas, luego del largo paso por la cordillera de Mérida, no quedaba mucho más qué observar afuera. Fue la primera parada que hicimos luego de pasar por la frontera, un gran alivio en medio de la constante sesión desmiembra glúteos. Uno de mis compeñaros era Treu, un chico trigeño, con una estatura de un metro y sesenta y cinco centímetros, cabello castaño, ojos cafés y un físico considerable. Y Adelig, mi mejor amiga y la chica de Treu, una mujer delgada y de piel morena, de cabello lasio y hermosos ojos cafés; quizás un tanto más oscuros que los de su novio, sin contar que también le lleva unos cinco centímetros.

Nos divertíamos mientras las demás personas se dormían en el camino, llevando a discusión cualquier cosa que se nos ocurriera, sin embargo ya teníamos los temas de conversación desgastados. Intercambiábamos opiniones mientras nos poníamos a pensar sobre cómo irían las cosas en nuestro país natal luego de tanto tiempo.
Esa madrugada, un 26 de mayo, en plena transición del gobierno izquierdísta, acusado de fraudulento.

Posterior a eso, ya avisados de que la parada estaba cerca, Treu y Adelig comienzan una discusión para matar el tiempo.

—No me termina de quedar claro —salta Adelig, refutando una idea de Treu mientras baja del bus en la parada que duraba veinte minutos—, o sea, pana, fíjate. Hay una vaina implícita y que pasa totalmente

desapercibida...

—Ade —interrumpe Treu—, no es comprobable, tú lo sabes, entonces, ¿cómo dar fe de algo de lo que no tenemos una certeza, algo impalpable...?

—La biblia —interviene igualmente Adelig. Tengo que acotar que a pesar de ser temas delicados los que por lo general discuten, siempre lo hacen de una manera amable y pacífica, y se los aplaudo—, ahí está todo, en el idioma que se te ocurra.

—Ajá, sí, está bien la vaina, pero considera que cualquiera con senda creatividad pudo haberla escrito y hacer creer a muchas personas que fue parte de los hechos. Basándose en los avances tecnológicos de la época, es posible. ¿O acaso en alguna parte de la biblia hay una firma del espíritu santo? —miró hacia el cielo, una nube que transitaba la luna— Aún si la hubiera no sería suficiente para decir que es algo legítimo.

—Tengo claro que es una especie de recopilación a través del tiempo, de personas que, inspiradas por Jehováh, se tomaron la molestia de registrar los sucesos. Y bueno, tenemos el resultado de siglos y siglos allí plasmados...

Esa es la parte donde comienzo a sentirme algo solo y ellos lo notan, por lo que cambian de tema o intentan involucrarme en su discusión. Ya habíamos tomado asiento en una pequeña ascera de la calle, y veíamos a los demás mientras bajaban medio, somnolientos.

—Deberías hablar más, Jeleki —sugirió Treu, utilizando esa "i" al final de mi nombre, que aunque no le he hallado propósito, tampoco me molesta—, ¿qué piensas sobre "dios"?

—Pienso que... —comenté sin terminar la oración. Mi atención se desplazó hacia una chica que bajaba del bus, a sus piernas, a su rostro y piel trigeña, cubierto parcialmente de pecas dibujadas con mucha sutileza, a sus ojos cafés opacados por los cristales de sus lentes y un ligero mechón de cabello castaño cobrizo, iba seguida de un chico blanco y alto, de rizos desordenados. Sabía quién era la chica, cosa que me hizo sentir una descarga de electricidad repentina y fugaz. Sospecho que hice alguna mueca de sobresalto, ya que Adelig volteó a ver y detectó instantáneamente a la responsable de mi impresión. Sin embargo, terminé mi intervención— Principio de incertidumbre de Schrödinger.

—Juraba que ya habías notado que Gabriela venía con nostros en el bus —saltó Adelig. Su actitud me dio a entender que la presencia de aquella chica le parecía totalmente irrelevante y yo comencé actuar como si también me diera igual—, y por cierto, desde que te conozco me estás hablando de tu *escroudinyer*, me tienes verde, me conozco la teoría como

si la hubiese hecho yo misma.

—No lo noté, en fin... —de súbito la chica me ubicó y desde la distancia me hizo un muy entusiasmado gesto de saludo, y yo sólo le agité la mano—, está con su novio.

—Bien buena también está —entró Treu, que había permanecido muy callado recordando en qué se basaba el principio de incertidumbre. Adelig se limitó a sonreír con celos ligeramente pronunciados—. Ajá, nos deben quedar como diez minutos y ustedes ahí perdiendo el tiempo en vez de sacar las empanadas.

—Epa, sí —dijo Adelig, comenzando a rebuscar en su bolso de viaje.

Luego del aperitivo, subimos al bus justo antes de que el chofer vociferara que quedaban dos minutos, ni más, ni menos. Al entrar notamos que la gran mayoría de los pasajeros estaban allí dentro, rígidos y algunos dándole libre albedrío a sus babas. Quizás uno que otro chico urgando en su móvil.

Tomamos nuestros asientos en el fondo, ya que era la única parte del bus donde había tres puestos juntos. Del lado derecho, nos turneábamos el asiento al lado de la ventana luego de cada parada, y esta vez le tocaba a Treu, y Adelig hacía el relleno del emparedado entre él y yo, así que me encontraba al otro extremo, al lado de un hombre ebrio que hablaba dormido y llevaba una barba que me hacía pensar en Albus Dumbledore, cuyo hedor a alcohol, sudor y otros fluidos era intolerable, sin contar que la botella que abrazaba estaba en tan mala posición, que se derramaba todo su contenido encima. Me extrañó que era primera vez que lo veía en todo el camino, tenía entendido que ese puesto lo ocupaba una chica.

En la puerta pude notar que subía el hombre joven que pasaba por cada asiento cobrando el dinero del pasaje, con su correspondiente uniforme de camisa manga larga blanca y corbata azul oscuro, con pantalones de gabardina negra y pulcros zapatos del mismo color. Miró a todos lados buscando a alguien, y se iba acercando poco a poco por el espacio que quedaba entre los asientos dobles, parecía estar observándome y me alarmé, sin otra razón además de que un hombre desconocido se acercaba mirándome fijamente. Adelig soltó un gritito y fue cuando noté que le estaba apretando su pierna izquierda muy fuerte.

—Señor —dijo el cobrador, muy calmado, con su voz nasal bastante acentuada, desde unos tres metros de distancia mientras seguía acercándose—, no puede estar aquí, ese es el puesto de alguien más y usted está muy ebrio —dijo la última frase justo antes de que yo respondiera, y caí en cuenta que no era a mí a quién buscaba, y la verdad tampoco tendría razones para hacerlo.

El hombre ebrio obedeció, en una especie de transe entre el sueño y la lucidéz, parecía quejarse en un lenguaje arábico y alemán al mismo

tiempo, cuando pasó frente al cobrador, el pobre hizo una mueca y se frotó la nariz. Al momento en el que el hombre ebrio bajó, el cobrador nos pidió disculpas por el inconveniente. Dieron el último aviso para seguir con el viaje y fue cuando volví a ver a la chica, Gabriela, pero esta vez se encontraba sola. Tomó asiento y sacó su móvil muy rápidamente, desde mi posición podía ver que estaba mensajeando.

—¿No estaba con un chamo? —me susurró Adelig.

—Sí, estaba —miré a Treu que sacaba chucherías de su bolsillo—. Pajúo, no me dijiste que cargabas dulces.

—Mala mía —dijo entregándonos un caramelo a cada uno y abriendo el suyo. Advertí en sus ojos que estaba agotadísimo y que lo mejor era dejarlo dormir en el resto del camino.

Mi cuerpo me rogaba por descanso. Una media hora luego de que el bus siguiera el trayecto, sentí la cabeza de Adelig en mi hombro, e inevitablemente escuchaba los golpecitos que daba la frente de Treu en el cristal de la ventana.

En Colombia vivíamos juntos. Pero eso fue mucho después de conocernos en Venezuela, crecimos en la misma ciudad, y coincidimos ya de adolescentes cuando nos integramos a la coral juvenil de la región, mientras yo estudiaba el bachillerato en artes con Adelig, asistíamos a los ensayos y presentaciones del grupo. Temíamos convertirnos en un triángulo amoroso cuando comenzamos a vivir en Cúcuta, pero yo estaba seguro de que aunque amaba a Adelig, la conocía lo suficiente para saber que no era ella la persona con la que pudiese sentar cabeza o algo parecido y sólo era una amiga muy especial.

Sentí como el bus se detenía, las luces que se encedieron de golpe, y el sobresalto de la chica a mi izquierda, que aparentemente estaba recostada sobre mí al igual que Adelig, me terminó de sacar de la somnolencia.

—Perdón —dijo la chica, limpiándose algo de la mejilla con la manga de su camiseta negra, que resaltaba la claridad abrumadora de su piel, noté que la prenda tenía timbrada en blanco y negro el rostro de un hombre con las siglas "*L.P*" justo debajo, me parecía que lo había visto en algún lugar, tal vez era algún cantante de la televisón.

Acomodándose un poco el cabello, salió disparada a la puerta del bus, desde donde una mujer que tal vez era su madre le hacía señas; ya había pensado en que la chica parecía muy joven para andar sola.

—Descuida —solté antecediendo un bostezo.

Desperté a Treu que seguía en modo hibernación, miré su reloj que marcaba las cinco y once de la mañana, de inmediato le puse el ojo a la

ventana y observé lo que hacía mucho tiempo no observaba de aquella manera. Me parecía extraño, cómo la primera vez que percibí un deja vû, el sol saliendo por el horizonte sin montañas ni colinas que lo taparan, simplemente apareciendo, como si surgiera desde el suelo, avisando con un rayo de luz que se perdía entre las nubes, que ya pronto llegaba el amanecer.

—¡Estamos en el terminal de Guanare, compa! —le dijo Treu a Adelig.

Bajamos del bus y esta vez para no volver a subir después de veinte minutos, luego de más o menos día y medio. A esa hora ya habían personas transitando el lugar y se hacía algo agitado, por los gritos de los colectores y choferes anunciando sus rutas y destinos.

—Deberíamos comprar unas arepitas en la cantina —les dije a los dos—. Claro, para comer en otro lugar, aquí parece un gallinero, no hay tranquilidad.

—No seas gafo —saltó Treu—, mis papás viven por aquí cerca, en la Gracianera, me están esperando con café y unas arepitas.

—Ah vaina, sí es verdad —dijo Adelig.

—La carajita esa me babeó el hombro —farfullé y los dos rieron en tono burlón—. Por cierto, no creo que sea apropiado llegar allá en manada, tú sabes cómo está todo —tenía claro que las sorpresas no eran muy bien recibidas por la situación-país, la comida no era suficiente a menos que todo estuviera previamente planificado hace algunas semanas.

—Ya avisé y me dieron luz verde —me tranquilizó Treu—, mamá dice que está bien.

—¡No se diga más! —concluyó Adelig, y los tres nos reímos a pesar del cansancio.

Mientras caminabamos a la salida, logré identificar los cambios que eran bastantes. La mayoría para mal. Habían cerrado varios puestos de comercio, y era evidente el porqué, algunos tal vez no abrían en ese horario, pero dudo que fueran tantos.

Gran parte de las personas que iban a la zona de los buses, tenían rostros tristes, o al menos más tristes que los del resto. De la zona de los buses a la entrada, se iba por el mismo pasillo sin cruzar a ningún lado, era un pasillo grande, los asientos acolchonados estaban vacíos y sucios; de las tres pantallas que habían, sólo servía una, y la mitad estaba rota.

Sin más, llegamos a la salida y nos encaminamos en un tramo de al

rededor de 500 metros hasta la casa de los padres de Treu.

—Hay que estar mosca —dijo Adelig con tono tímido—, todavía está oscuro y aquí roban más que en Cúcuta.

Seguíamos en la oscurana, al acecho de cualquier choro con aspiraciones. Noté que frente al terminal ya no estaban los "*kioskos*" donde vendían comida antes de que yo me fuera, en su lugar había una extensa cerca que cruzaba en la avenida por donde íbamos, un gran edificio que estaba en construcción cuando me fui a Colombia, permanecía parcialmente construído, pero funcionando, pertenecía a una fulana empresa que distribuía productos alimenticios, y se hacían filas enormes para comprar. Ya a las 5:30 a.m había personas haciendo fila, esperando a que abrieran para comprar primero.

Me sentí pésimo, como si la chica de mis sueños me hubiese rechazado y peor. Ver a esas personas ahí, cuando yo podía tranquilamente ir al supermercado en Cucúta si me faltaba algo que no tenía en casa, y me molestaba si había 4 o 5 personas delante de mí esperando para pagar.
Claro que recordaba las "colas", pero hacía 3 años no era así, y mucho menos se pensaba llegar a eso. Sólo ansiaba llegar a la casa de los padres de Treu y despejar la mente un poco.

—¿Vendiste la Xbox? —inquirí a Treu.

—¿Cuál Xbox? —respondió, seguido de una mirada de confusión.

—Tenías una Xbox... —dije seguro. Pero al observar otra vez su expresión, me retracté de la seguridad que tenía— ¿Tenías una Xbox?

—No —hizo el gesto con la cabeza—, tenía una Wii. Y no la vendí, hasta donde tengo entendido, sigue en mi cuarto sanita y sin un rasguño.

—Gracias a Dios —se metió Adelig.

—Si es que existe —saltó Treu, sin poder evitar carcajearse, y todos hicimos lo mismo.

Había sido un viaje muy largo, casi no teníamos fuerzas para reírnos así. Al final llegamos sanos y salvos a la puerta de la casa y como era de esperarse, la madre de Treu nos recibió y se abalanzó encima de él, con lágrimas de alegría.

—¡Mírate cómo estás de bello! —exclamó la señora con su cabellera entre castaña y rubia haciendo ondas por sus brinquitos.

—Hola, señora Maira —saludé, intentando hacerme presente a mí y a

Adelig en la escena.

—¡Jelek, ay, tanto tiempo! —se acercó para abrazarme y observó a Adelig, y su enorme emoción culminó— Moncada... —se acercó para besar su mejilla casi por la obligación de la cortesía y volteó— Pasen, pasen.

Lo primero que vi al fondo de la casa fue un requinto precioso, de color negro, al igual que el cuatro, y un ukelele que me llamaba mucho la atención, cómo si lo hubiera visto antes.

Pensé mucho en el viaje, y que extrañaría la independencia en Colombia, pero al menos me iba a encontrar con viejos amigos, los que me acompañaron en los mejores momentos de mi vida conociendo el teatro y todo lo que me encantaba del arte. Ya con lo que vi dentro de la casa, deduje que el futuro inmediato sería prometedor.